

de agua que hirvió en el centro de un lago, los gritos de mujer que agujerearon el manto de la noche, visiones de un tropel de hombres misteriosos que montaban en una misteriosa especie de venados), tales presagios anunciaban —pero de un modo desapa- cible y terrorífico— el regreso de Quetzalcóatl. Mas cuando el comportamiento codi- cioso y cruel de los extraños extranjeros (Quetzalcóatl, en tanto que dios, lo fue bene- factor; como príncipe de Tula, fue bondadoso, no consintió sacrificios humanos y col- mó a Tula de fortuna y de bienestar, según relatan las emocionadas leyendas), probó que era imposible que Cortés fuese Quetzalcóatl, como en principio habían supuesto desde el rey Moctezuma hasta el último azteca, y cuando los compañeros de Cortés de- jaron de ser dioses para ser popolacas, «en el corazón de Motecuhzoma nació entonces la angustia». Con esa angustia había de ser compuesto uno de los poemas de la derrota de los aztecas más sobrecogedores de la poética mesoamericana: *icnocuicatl*, un «canto triste» que al ser cantado como un himno prueba la dimensión profunda del trauma del guerrero azteca al arrojarse en un combate que su corazón ya ha perdido: «...En los caminos yacen dardos rotos, / los cabellos están esparcidos, / destechadas están las casas, / enrojados tienen sus muros. / Gusanos pululan por calles y plazas / y en las paredes están salpicados los sesos. / Rojas están las aguas, están como teñidas / y cuan- do las bebemos son como agua de salitre. / Golpeábamos en los muros de adobe / y nos quedaba por herencia una red de agujeros. / En los escudos fue nuestro resguardo / pero los escudos no detienen a la desolación...»

Cuando en 1524 los franciscanos llegados a la recién conquistada Tenochtitlan condenan las creencias religiosas de los aztecas ante señores, sabios y sacerdotes mexi- canos supervivientes, un sabio o sacerdote azteca, con abrumado orgullo, reivindica la sagrada vejez de su cultura, y, como cerrando el *icnocuicatl*, el «canto triste», agrega: «¡Déjennos pues morir, / déjennos ya parecer, / puesto que todos nuestros dioses han muertos!». Como anota Miguel León-Portilla en su libro *El reverso de la Conquista*: «No hay que olvidar que los aztecas eran los seguidores del dios de la guerra, Huitzilopochtli; que se consideraban a sí mismos escogidos del Sol y que hasta entonces habían creí- do siempre que su misión cósmica y divina era someter a todas las gentes de los cuatro rumbos del universo. Quienes se tenían por invencibles, el pueblo del Sol, el más po- deroso de América Media, tuvo que aceptar la derrota. Muertos los dioses, perdidos el gobierno y el mundo, la fama y la gloria, la experiencia de la conquista significó algo más que tragedia, quedó clavada en el alma y su recuerdo pasó a ser un trauma». Es útil no olvidar tampoco que, junto a la derrota de Huitzilopochtli, el dios de la guerra, en la conciencia del azteca vencido permanece la apesadumbrada extrañeza de la ausencia de Quetzalcóatl, el dios benefactor: el dios tolteca que, siendo a la vez un dios y un príncipe mediante un sincretismo que aproxima al dios a los hombres y di- viniza al príncipe, había prometido volver entre los pliegues de los siglos. El dios tol- teca que los aztecas asumieron para su teogonía. El dios tolteca/azteca al que confun- dieron con Cortés. El dios que resultó no ser Cortés. Que nunca vino. Que dejó solos a los mexicanos en la hora de su fin del mundo: ese dios que había sido el creador de los hombres. Ese príncipe bondadoso que había colmado de mercedes la cultura de Tula. ¿Cómo era Tula gobernada por Quetzalcóatl?

## El remordimiento

Como ya lo dijimos, la conquista de México por los invasores españoles y, con ella, la aniquilación del imperio de los aztecas, no se debió tan sólo a la serie de hechos que los historiadores pueden denominar, con justicia, objetivos: el genio militar de Hernán Cortés, su alianza con los indios enemigos de los aztecas, las epidemias que diezmaron a los resistentes. En la caída al abismo del imperialismo azteca intervino también la complejísima relación de su cultura teocrática con el dios Quetzalcóatl. A la llegada de los españoles, la relación del azteca con Quetzalcóatl es a la vez esperanzada y temerosa. Cuando los emisarios de Moctezuma informan de que Cortés puede ser Quetzalcóatl, Moctezuma (y con él todo el mundo azteca) siente que esa invasión, o ese regreso, puede significar el cumplimiento de la profecía que en Tula se produjo siglos atrás (la profecía asegura que Quetzalcóatl regresaría, y con él una felicidad y una abundancia míticas y sagradas), pero puede también significar el cumplimiento de presagios funestos que, en la mente guerrera del azteca, pudieron mencionar a una presentida venganza de los toltecas dominados. Cuando el príncipe Quetzalcóatl huye de Tula, promete regresar, y se supone que para restaurar la dicha de la vida. Mas la promesa es hecha a los suyos, los toltecas de Tula. Siglos después, los aztecas (procedentes al parecer, del norte, de lo que hoy serían territorios de Norteamérica) dominan y someten la cultura tolteca, les arrebatan el idioma náhuatl y, con él, el dios Quetzalcóatl. Con este robo heredan la promesa de Quetzalcóatl y la esperanza de una arcadia tolteca; pero, puesto que se trata de un robo, asumirán también la posibilidad de que con la vuelta del sacerdote-príncipe-dios llamado Quetzalcóatl sobrevenga una especie de venganza sagrada. Para el azteca, pues, hereder y ladrón de un dios tolteca, el regreso de Quetzalcóatl será a la vez una esperanza y un suceso amenazador.

El sacerdote Quetzalcóatl había nacido en un año *uno ácatl* (1-Caña). La entrada de Cortés en México se produce también en un año *uno ácatl*. Se cumple así la profecía; pero, a la vez, la coincidencia (que en la mente mágica del azteca teocrático no sería coincidencia, sino lenguaje inexorable de los siglos y de los dioses) pone en pie los presagios más funestos que la conciencia mágica y guerrera, dominadora y sanguinaria del azteca, elaborara con horror. En su mentalidad teocrática y en su memoria orgullecida, pero también ensangrentada por las dominaciones, no es impropio conjeturar que se aposentara la Culpa. Cortés (es decir, Quetzalcóatl) pudo ser el espejo de esa culpa. La angustia de Moctezuma ante Cortés ya no era la angustia personal de un mandatario ante un enigmático enemigo que tal vez acudía a cumplir una profecía y a devolver a los toltecas una felicidad que los aztecas habían exterminado mediante la dominación: era, más vastamente, la angustia de toda una cultura que se sabía poderosa a través de la tiranía. La rebelión suicida de Cuauhtémoc contra los españoles no es ya tan sólo la desesperación de un príncipe que pretendiera llevar a sus súbditos a la victoria o a la muerte: es el desesperado aullido de un pueblo que sospecha —que sabe— que su futuro se ha acabado. En la disposición crispada del azteca a perecer no sólo como ejército, sino también como conjunto de tradiciones y de leyes, interviene un seísmo espiritual al que quizá podamos denominar remordimiento. Escribe Jacques Lafaye que «Moctezuma tomó a Cortés y a los españoles por descendientes de los toltecas que ha-

bían acompañado al Quetzalcóatl de Tula a su exilio, y que venían a cumplir la profecía, a reclamar por la fuerza el reino de los antepasados». Si Tula, bajo Quetzalcóatl, había sido feliz (lo proclaman así las leyendas de la abundancia) y ellos, los aztecas, robadores del dios de Tula, adoraban a Quetzalcóatl pero esclavizan al tolteca, que lo había adorado primero, la dicha que prometiera Quetzalcóatl pudiera transformarse en la desdicha del azteca. La dominación había sido total: la desdicha sería total.

El azteca morirá combatiendo; pero en el mismo instante de empuñar las armas con que habrá de morir, algo enigmático y póstumo acompaña a su furia. La furia del azteca contra los españoles (y sobre todo, contra los aliados aborígenes de esos guerreros de otro mundo) es la furia de un guerrero excitado por la fuerza del enemigo: pero es también la cólera de un tirano humillado por el remordimiento. Es, en fin, la furia —vencida de antemano— del indio que ha adorado a Quetzalcóatl *después de deshumanizarlo*. El Quetzalcóatl de Teotihuacan, el Quetzalcóatl de Tula (El Quetzalcóatl tolteca) había sido benefactor, piadoso, y había proporcionado a su pueblo la paz y la abundancia. Escribe Salvador Toscano que Quetzalcóatl «acabó por pasar a la historia como expresión de castidad y sabiduría, pues fue él quien enseñó a los toltecas el primero de sus oficios, el arte de los metales, la cerámica, la riqueza y el engarce de las piedras, así como la factura de los mosaicos de plumas preciosas. Como sacerdote sólo oraba con ayunos y mortificaciones a los dioses del firmamento, sin consentir en ningún modo sacrificios humanos»: sacrificaba aves, culebras, mariposas. El Quetzalcóatl de Tenochtitlan, el Quetzalcóatl de Tlatelolco (el Quetzalcóatl azteca) se ha desplazado hacia una sociedad asentada en la dominación imperialista, explotadora y sanguinaria, y hacia una teogonía que consiente, que exige, el ritual de sacrificios humanos en masa. Quetzalcóatl, nacido (como ser real, como sacerdote de Tula) en un año *uno-ácatl* (año 947 de nuestro calendario) hubo de huir hacia el Este, «donde el agua se junta con el cielo». Ese lugar se llama hoy Golfo de México. Comunidades seculares, representantes de tendencias militaristas que acabaron por imponerse a Mesoamérica, fueron quienes habrían hecho desplazarse hasta Yucatán a muchos seguidores de aquel dios-sacerdote, Quetzalcóatl, el hombre y mito bondadoso. Y de pronto, por entre los pliegues de los mitos y de los siglos, aparece Cortés. Viene precisamente por el lugar «donde el agua se junta con el cielo», por el Golfo de México; y desembarca en Veracruz en un año *uno ácatl* (año 1519 de nuestro calendario). No importa demasiado que el azteca comprendiese al final que Cortés no era Quetzalcóatl. Importa más el advertir que el genio militar de Cortés, sus aliados indígenas viejamente enemigos del azteca, las armas formidables y las enfermedades epidémicas colaboraron con la tiniebla de un oscuro remordimiento. Quetzalcóatl, creador de los hombres y descubridor del maíz, su alimento; artista y bondadoso, enemigo del sacrificio humano... había sido robado y deshumanizado; había sido transformado en un engullidor de sangre humana y en parte de una teogonía que no proporcionaba consuelo al sometido, sino horror, humillación y esclavitud. El imperialismo azteca quizá viniera siendo lenta y secretamente erosionado por la culpa. Tal vez cuando el azteca se dispone a combatir y desaparecer, a matar y morir y desmoronarse en la noche, Quetzalcóatl, el príncipe de Tula, el dios de Teotihuacan, se despegue de la terrible teogonía azteca y regrese a su origen remoto mirando desde las alturas a toda Mesoamérica con una congoja infinita y una misteriosa bondad.

## Tula

A su llegada, los aztecas encontraron una Tula vacía, una ciudad sagrada en sombras, un silencio abultado por los siglos, las interrogaciones y la piedra majestuosa. Como en el caso de la ciudad de Teotihuacan, vacía también y sobresaltada por el misterio y el silencio a la llegada del azteca, los historiadores no se resignan a consentir que sea el enigma lo que explique la soledad de la ciudad de Tula, y proponen sequías, epidemias y luchas militares que justifiquen esa soberbia soledad. Sin embargo, el misterio se resiste a esas violaciones. Teotihuacanos y toltecas habitan en el valle de México mientras Teotihuacan y Tula mostraban al azteca sus piedras solitarias, y ni un supuesto vencedor de esas supuestas guerras tomó como botín a esas ciudades. La historiografía rellena como puede los agujeros de esa perplejidad. Pero es un hecho: cuando los aztecas bajaron desde el norte, Teotihuacan y Tula sólo les opusieron un silencio de piedra. Con esa suavidad con que a veces se enmascara la astucia, los aztecas se establecen en el lago Texcoco, se apropian lentamente de la lengua y la cultura náhuatl, se organizan militarmente en torno a su dios principal, Huixilopochtli (a quien los españoles llamarían *Huichilobo*), conquistan uno a uno todos los pueblos confederados que les habían precedido en el valle, fundan su propia capital, Tenochtitlan, y, en fin, organizan su imperialismo en Mesoamérica. Al apropiarse de la lengua y la cultura toltecas se apropiarán de Quetzalcóatl. En Tula, vacía a la llegada del azteca y vacía en la actualidad, habitó y reinó Quetzalcóatl, el sacerdote, el rey, y quizá no usurpando, sino encarnando el nombre de Quetzalcóatl, el dios.

Durante su reinado, y atendiendo a la versión de Angel María Garibay, apoyada en el manuscrito de Bernardino de Sahagún y en los *Anales de Cuauhtitlan*, en Tula «Todo era abundancia y dicha; no se vendían por precio los víveres, todo cuanto es nuestro sustento. Es fama que eran tan grandes y gruesas las calabazas y tenían tan ancho su contorno que apenas podían ceñirlo los brazos abiertos de un hombre. Eran tan gruesas y largas las mazorcas del maíz cual la mano del metate (...) También se criaban allí aves de rico plumaje: color de turquesa, de verde reluciente, de amarillo, de pecho color de llama. Y aves preciosas de todo linaje, las que cantan bellamente, las que trinan en las montañas. También las piedras preciosas y el oro eran vistos como si no tuvieran precio: tanto era el que todos tenían (...). Todos los moradores de Tula eran ricos y felices; nunca sentían pobreza o pena, nunca había hambre entre ellos, y las mazorcas mal dadas se destinaban a calentar el baño...» Y ahora el viajero, como siglos atrás le ocurriera al azteca, contempla a esa ciudad sagrada y solitaria y se pregunta por qué está vacía. En la zona arqueológica (muy cerca de la actual Tula de Allende, del estado de Hidalgo, entre México y Querétaro) los ojos del viajero reciben restos de templos en forma de pirámides truncas, estelas de piedra labrada con figuras de dioses (entre ellas la de Chac Mool, el dios tolteca de las lluvias) y, sobre una plataforma de piedra, que fue templo central de Quetzalcóatl, los ojos del viajero ven erguirse unas figuras gigantescas, portadoras de un severo candor, que hoy llamamos atlantes, y que fueron quizá columnas para el techo del templo. El viajero se aproxima a esas moles de piedra, comprueba que su cabeza asombrada y contemporánea alcanza la altura de la rodilla del atlante; mira al espacio abierto, las débiles llanuras, la luz de este atar-

decer mitológico, y siente como si estas figuras imantaran la lejanía, como si para estos hieráticos e inocentes atlantes las distancias fueran un rebaño de ovejas apiñadas en torno a sus pastores: las piedras milenarias de Tula.

Dos palabras supremas gobernaban en Tula la vida y la conciencia de los hombres: Tezcatlipoca, dios de la guerra, y Quetzalcóatl, dios benefactor. Eric Wolf opina que hacia fines del siglo X la enemistad entre los seguidores de ambos dioses, que, en realidad, supondría un inexorable antagonismo «entre los defensores de la sociedad teocrática y los grupos seculares, representantes de las nuevas tendencias militaristas (...), llevaría a que los partidarios de Quetzalcóatl emigraran hacia el Yukatán, en donde se les conoce con el nombre de Kukulcán». La derrota del dios pacífico iniciaría la práctica de los sacrificios humanos y dejaría en la memoria colectiva la nostalgia de un tiempo arcádico y la esperanza en el regreso de Quetzalcóatl. Nostalgia y esperanza que fundamentan, con mayor solidez que los muros de piedra, las leyendas que se recogerán más tarde en el *Ciclo de Quetzalcóatl*. A principios del siglo XII, y al parecer a manos de pueblos chichimecas, Tula fue destruida. La destrucción de la ciudad quizá inicia la inmortalidad de su dios-sacerdote-rey: la arqueología ha encontrado santuarios a Quetzalcóatl en Calixtlahuaca, Coatépec Chalco, Ecatépec, Tenayuca, Toluca y Teotihuacan (del estado de México); en Tepoztlan y Xochicalco (en el estado de Morelos); en Cholula (en el estado de Tlaxcala); en Teayo (Veracruz), y aquí, en el estado de Hidalgo, en las ruinas de Tula. «Y más tendía el dicho Quetzalcóatl —escribió fray Bernardino de Sahagún— todas las riquezas del mundo de oro y plata y piedras verdes (...) y los dichos vasallos del dicho Quetzalcóatl estaban muy ricos.» Todo lo barrieron los siglos. Tras la furia chichimeca (si es que fueron los chichimecas quienes destruyeron a Tula: la historia y la leyenda en México se entrelazan con la interrogación, quizá para que el pasado y los dioses y las palabras conserven una inmortalidad enigmática), los aztecas reinaron, tal vez sobrecogidos, entre estas piedras silenciosas. Serían después los españoles quienes agregarían su furia a la de pueblos y siglos y tormentas. Y ahora el viajero adelanta las manos para tocar la piedra de que están hechos los atlantes, adelanta las yemas de los dedos en un anhelo de tocar en la piedra un mundo que ya ha sido, en un anhelo de tocarle a estas piedras su ebullición de siglos y de dioses, de voces y de lágrimas. Cuentan que Quetzalcóatl, al abandonar Tula, por un instante renunció a ser un dios, e incluso un rey, y lloró como un hombre. Y ahora avanza las manos el viajero, muy despacio, fascinado por la dura inocencia de la piedra, y sabe que al tocarla pone sus yemas donde las puso Quetzalcóatl, que está tocando una parte del laborioso corazón de México, que está tocando a la desgracia y a la inmortalidad. Acaricia la piedra, recuerda a Quetzalcóatl y siente una congoja extraña que no parece suya, que podría ser de algún tolteca exterminado por la calamidad y resurrecto en la membria o la venganza. El viajero, europeo en Tula, siente lo que han sentido todos los viajeros del mundo: que quizá todos los dioses significan un solo dios, que quizá todos los muertos son mis antepasados, que toda vida humana camina sobre un breve pentagrama de siglos. ¡Que los hombres te guarden, Quetzalcóatl, oh Quetzalcóatl!

FÉLIX GRANDE